

El mal de los piojos

En la antigüedad era creencia general que existía una afección pedicular particular, en la cual los piojos vivían en el interior de unos tumores especiales del cuerpo y llegaban accidentalmente a la superficie cutánea. Originalmente, se había elegido para esta enfermedad el nombre griego φθειρίασις (phtheiríasis), proveniente de τό φθείρειν (tó phtheírein, corromper), porque se admitía que estos insectos provenían de los humores corrompidos del organismo. Consecuentemente, el producto de esta alteración fue designado como φθειρ (phtheír), piojo, y φθειρίασις (phtheiríasis), ftiriasis, enfermedad pedicular, también llamada en latín *morbus pedicularis*¹ o “mal de los piojos”.

Pero los autores antiguos no admitían que el piojo pudiera corromper la piel, sino que, bien al contrario, los piojos salían de la piel enferma, de la carne, tal como había indicado Aristóteles: “*se producen pequeñas pústulas sin pus, las cuales, si son abiertas, liberan una gran cantidad de piojos que se desplazan por toda la superficie cutánea*”.

Muchos siglos más tarde, Ulysse Aldrovandi insertó en su obra un capítulo dedicado a la muerte causada por ellos (*Mortui a pediculis*): “*debido a la sangre, a los malos humores y a los corrompidos, se generan piojos por debajo de la piel. Esta enfermedad es mala y grave, especialmente si va en aumento, pues no solo es vergonzoso estar invadido de piojos y ser afligido por esta plaga, sino que en ocasiones lleva a la muerte*”.

Se decía que la carne del que sufría esta enfermedad era comida lentamente y se transustanciaba en piojos, pereciendo finalmente por su causa y siendo considerada la muerte “más horrible de todas”. La creencia que el mal de los piojos era un castigo estuvo bien implantada en la antigüedad y persistió hasta los primeros años del siglo XIX. Más tarde, en el decenio de 1860, fue finalmente abolida de los libros de texto, tras un intenso debate entre algunos de los principales dermatólogos de la época.

Sobre esta misteriosa enfermedad, Aldrovandi reportó toda una serie de casos sucedidos en la Antigüedad, y de él tomamos como guía su relación histórica. Al suponerse que se trataba de un castigo divino, era lógico que la ftiriasis afectara a tiranos, profanadores y enemigos de la religión².

“*La tercera plaga de Egipto enviada por el Señor a través de Moisés fue la que, convertido el polvo en piojos tras ser golpeado por Aarón, afligió terriblemente a bestias y hombres por todo Egipto, a excepción de la ciudad de Gosene, donde habitaban los Israelitas. Y, al no poder imitar los magos de Egipto semejante prodigio, confesaron que era el dedo de Dios. También Flavio Josefo recuerda la plaga con estas palabras: “de nuevo castiga Dios con otra plaga al hombre mentiroso y falaz, pues una gran abundancia de piojos infestaba el cuerpo de los egipcios, a causa de lo cual morían los malos de mala manera sin que pudieran exterminarlos ni con lavados ni con aplicaciones de medicamentos”*”³.

¹ Parece ser que Antígono de Caristo (s. III aC.), historiador y viajero griego, fue el primero en describir una enfermedad en la que los piojos se formaban en la carne y cuando se abrían los nódulos bajo la piel, brotaban estos insectos como si fueran un enjambre.

² Tanto la muerte producida por piojos como por locura, desmembramiento o naufragio, parecía reservada a los personajes considerados impíos, una idea que arraigó con fuerza en la tradición cristiana posterior, donde muchos perseguidores del cristianismo murieron atacados por insectos y gusanos.

³ A pesar que en la Biblia, tradicionalmente, se atribuía la tercera plaga a los mosquitos (*Éxodo 8,16*), el historiador judío Flavio Josefo (37/38 dC.-101 dC.), en su obra *Antigüedades judías* la adjudicaba a los

“Antíoco Epifanes⁴, rey de Asia, se encaminaba hacia Jerusalén, pero en el camino, cayendo del carruaje, empezó a ser corroído por una tan gran podredumbre que los que estaban junto a él apenas podían soportar el hedor producido por los gusanos que infestaban su cuerpo. Empezó entonces a confesar su error y que él adoraría al Dios de los Judíos y que su templo, que él había destruido, lo restauraría con mucha más magnificencia. No pudo, sin embargo, conmovier a Dios su fingido arrepentimiento, sino que, desesperado en medio de aquellas montañas, acabó su desgraciada vida”.

“Herodes Antipas, sentado al frente de su tribunal y revestido de su ropa real, arengaba al pueblo, y este gritaba, reconociendo en él la voz de Dios y no la de un hombre. Al momento, un ángel del Señor le fulminó por no haber honrado a Dios y expiró consumido por los gusanos, tal como leemos en los Hechos de los Apóstoles”⁵.

Aldrovandi continuaba con su relato diciendo que *“Aristóteles, Plutarco, Serenus⁶ y Eliano nos cuentan que Ferécides de Siro⁷ murió por una enfermedad causada por piojos. Pero Plinio nos dice que Ferécides expiró, no por la multitud de piojos que brotaron de su cuerpo, sino por las serpientes⁸. Hubo en esta controversia quienes pensaron que era otra enfermedad distinta a la de los piojos.*

piojos: *“en efecto, brotó entre los egipcios una cantidad infinita de piojos que les salían por dentro, por lo que los pobres de ellos perecían miserablemente, sin poder acabar con esta casta ni con lociones ni dándose una mano de unguento”.*

⁴ Antíoco IV Epifanes (215 aC.-164 aC.) fue rey de Siria. Invadió Egipto y persiguió a los judíos y sus creencias. Murió mientras organizaba una nueva expedición para retomar Judea.

⁵ Herodes Antipas (20 aC.-39 dC.), Tetrarca de Galilea y Perea, hijo de Herodes el Grande, fue el responsable, según el Nuevo Testamento, de la muerte de Juan el Evangelista. Sin embargo, el Herodes supuestamente devorado por los gusanos o los piojos fue Marcus Julius Agrippa (10 aC.-44 dC.), rey de los judíos y nieto de Herodes el Grande*. En la Biblia (*Hechos de los Apóstoles, 12. Muerte de Herodes*) se relata así su muerte: *“Estaba Herodes fuertemente irritado con los de Tiro y Sidón. Éstos, de común acuerdo, se le presentaron y habiéndose ganado a Blasto, camarlengo del rey, solicitaban hacer las paces, pues su país se abastecía del territorio del rey. El día señalado, Herodes, vestido con el manto real y sentado en la tribuna, les arengaba. Entonces el pueblo se puso a aclamarle: “¡Es un Dios el que habla, no un hombre!”.* Pero inmediatamente le hirió el ángel del Señor porque no había dado la gloria a Dios; y, convertido en pasto de gusanos, expiró”. Sin embargo, según Flavio Josefa, la muerte de Agripa nada tuvo que ver con los gusanos, sino que fue debido a “cruels dolores” que le afectaron durante cinco años.

* Flavio Josefa afirmó, en cambio, que Herodes el Grande sí murió “por causa de los gusanos”: *“atormentado con muchos dolores, tenía calentura muy grande, y por todo su cuerpo una comezón muy importante y muy intolerable. Atormentábanle los dolores del cuello muy continuos; los pies se le hincharon como entre piel y carne; hinchósele también el vientre, y se le pudría su miembro viril con muchos gusanos”.*

Las causas de la muerte de este rey han suscitado diversas controversias a lo largo de los años y se han apuntado muchas de ellas, que incluyen envenenamiento, cirrosis hepática, cáncer de páncreas, diabetes mellitas, alguna enfermedad de transmisión sexual o una insuficiencia cardiaca y renal. Pero lo más probable es que hubiera muerto a causa de una esquistosomiasis, enfermedad parasitaria producida por un gusano platelminto.

⁶ Quintus Sammonicus Serenus (muerto en 211 dC.), sabio romano, tutor del emperador Caracalla, autor de un poema médico, *De medicina precepta*: *“Quién no teme la suerte trágica de Ferécides, cuyo sudor copioso contenía pequeños animales repugnantes que lo llevaron a una muerte horrenda”.*

⁷ Cuando Pitágoras preguntó a Ferécides por su estado de salud, el filósofo asomó un dedo por la puerta, lleno de piojos, y exclamó *“mi piel cuenta su propia historia”.* En una carta espuria de Ferécides a Tales, contaba que *“estoy infestado de piojos y sujeto a una fiebre violenta con accesos de escalofríos”.*

⁸ *“...pues enfermedades hay tantas que Pherécides, sirio, murió de muchedumbres de serpientes que le criaban por todas las partes del cuerpo”.*

Otros personajes a los que Aldrovandi atribuyó su muerte a esta terrible enfermedad fueron el dictador Sila⁹, el César Galerio Maximiano¹⁰; un tío materno de Juliano el Apóstata¹¹; el rey vándalo Hunerico¹²; el noble sajón Radbert, que asesinó a traición al obispo Praejectus de Clermont (625/626); los obispos acusados de simonía Lambert de Constanza y Fulquerio de Nimega¹³, el Antipapa Clemente VII (1342-1394) y Arnulf de Carintia (850-899), emperador de Franconia y del Sacro Imperio Romano.

Thomas Mouffett también trató en su obra sobre distintos personajes afectados de ftiriasis, algunos de ellos los mismos que citaba Aldrovandi. Sin embargo, también reportaba otros casos sobre los que no se tenía constancia que su muerte hubiera sido producida por esta enfermedad. Iniciaba su explicación diciendo que *“como Dios entregó al hombre la supremacía sobre las criaturas vivas, empezaremos por él. En los primeros tiempos, cuando el hombre vivía en la inocencia y libre de maldad, no estaba sujeto ni a la corrupción ni a la inmundicia; pero cuando fue seducido por el gran mentiroso y astuto maligno para saber tanto como Dios sabía, este lo castigó con diversas enfermedades y que fuera atacado por diferentes clases de gusanos, como piojos, gusanos de la mano, gusanos del vientre y otros llamados termitas; pequeñas liendres y ácaros.*

⁹ Plutarco contaba que Lucius Cornelius Sulla Felix, conocido como Sila (138 aC.-78 aC.), dictador de Roma entre el 81-80 aC., *“...a pesar de tener a su esposa Valeria en casa, hacía mala vida con cómicas, con citaristas y con hombres de la escena, bebiendo con ellos desde antes del anochecer, recostados en lechos. De aquí fue el fomentar, sin advertirlo, una enfermedad que empezó de ligera causa, habiendo ignorado por largo tiempo que tenía dañadas las entrañas; enfermedad que, habiendo viciado la carne, la convirtió toda en piojos; de manera que con ser muchos los que de día y de noche se los quitaban, nada eran los quitados para los que de nuevo sobrevenían; sino que las ropas, el baño, o lo que se empleaba para limpiarle, y hasta la comida misma, toda se llenaba de aquella podredumbre y corrupción, ¡tanto era lo que cundía! Así, muchas veces al día se metía en el agua, lavando el cuerpo y limpiándolo, pero de nada servía, porque en prontitud ganaba la mudanza, y la muchedumbre vencía toda diligencia.*

Sila no sólo previó su muerte, sino que en cierta manera escribió acerca de ella; porque acabó de escribir el libro vigésimo segundo de sus Comentarios dos días antes de morir, y dice haberle predicho los Caldeos que después de haber tenido una vida ilustre y señalada fallecería en el colmo de su felicidad”.

¹⁰ Cuando murió el emperador romano Galerio Maximiano (311 dC.), perseguidor de los cristianos, fue difundido el rumor que había muerto del mal de piojos, y el apologista Lactancio describió en su obra *De mortibus persecutorum* el horrible final del emperador con deleite: *“el tirano se pudrió por dentro, generando parásitos que comieron su carne hasta los huesos; sus piernas y la parte inferior de su cuerpo estaban hinchadas y pútridas, mientras que la parte superior de su torso estaba arrugada y momificada. De esta manera el emperador fue atormentado durante más de un año antes de reconocer a Dios”.*

¹¹ Según Aldrovandi, el tío del Emperador Flavio Claudio Juliano (332-336 dC.), llamado el Apóstata, *“había profanado el Templo de Antioquia orinándose en la Sagrada Mesa y propinó una bofetada al obispo Euzoio, que le recriminaba. Poco después fue afectado por una grave enfermedad de los intestinos que se le pudrían y murió miserablemente mientras fluían sus excrementos no por sus conductos sino por su criminal boca”.*

¹² Hunerico (ca. 430-484), rey de vándalos y alanos en el norte de África, profesó el arrianismo y persiguió a los cristianos, a los que declaró herejes si no abrazaban esta doctrina. Otra versión dice que murió de peste, también debida a un castigo divino.

¹³ *“El obispo Fulcherius Noviomagensis murió en la Galia debido a la enfermedad de los piojos; y al no cesar de brotar piojos de su cadáver, se ordenó que fuera enterrado dentro de una piel de ciervo”.*

Entre los personajes que supuestamente padecieron el “mal de piojos”, se encuentran Acasto¹⁴, Casandro¹⁵, Demócrito¹⁶, Calístenes de Olinto¹⁷. Algunos también escriben sobre Platón, que fue considerado quizás más alto de lo que merecía si tenemos en cuenta el proverbio “los piojos de Platón”¹⁸. No añadiré nada de Henry II, el tirano más cruel¹⁹, que fueron todos consumidos por piojos cuando Dios lo dispuso, unas criaturas despreciables que utilizó para destruir a los pecadores, y fueron obligados a reconocer que esto era obra de Dios, que los señaló con su dedo justiciero”.

Incluso la muerte de Judas Iscariote, el discípulo que traicionó a Jesús, tendría que ver con los piojos si hacemos caso de la versión de Papias de Hiérópolis, uno de los Padres de la Iglesia. Por un lado, el Evangelio de Mateo (27:5) simplemente dice que Judas, “acosado por el remordimiento”, devolvió a los Sumos Sacerdotes y a los ancianos las treinta monedas que había cobrado por delatar a Jesús. Como estos no las aceptaron, “él tiró las monedas en el Santuario; después se retiró y fue y se ahorcó”. En cambio, en los Hechos de los Apóstoles (1:17-18) se dice que Pedro explicó a sus Hermanos que Judas “era uno de los nuestros y obtuvo un puesto en este ministerio. Éste, pues, con la paga de su crimen compró un campo y cayendo de cabeza, reventó por medio y todas sus entrañas se esparcieron. Y todos los habitantes de Jerusalén lo conocieron, hasta el punto que llamaron aquel terreno, en su lengua, Haqueldamá; es decir “Campo de sangre”. Para conciliar ambos textos, se ha sugerido que cuando Judas se colgó, la cuerda se rompió, de modo que su cuerpo cayó y se reventó al golpear el suelo.

Papias, sin embargo, escribió que “el cuerpo del traidor se hinchó hasta alcanzar un tamaño tan grande que ni siquiera podía pasar por una puerta que fue construida para el paso de carretas. Sus ojos estaban cerrados por la hinchazón y sus genitales constituían el espectáculo más repugnante imaginable, pues de todas las partes de su cuerpo rezumaba una corriente de pus y parásitos, y el hedor era tan fuerte que nadie hasta la fecha puede pasar por el lugar donde murió sin taparse la nariz”.

Muchos siglos después, el médico austriaco Ferdinand Ritter von Hebra, fundador de la llamada *Neue Wiener Schule*, en la cual un importante grupo de médicos sentaron las bases de la moderna dermatología, escribió una de las obras más influyentes de todos los tiempos en este campo, el *Atlas der Hautkrankheiten* (1856), donde se trataban las enfermedades de la piel. En el volumen quinto, Hebra trataba ampliamente sobre “la enfermedad llamada *phthiriasis*”, de la cual quedó fascinado, aunque estaba convencido de su inexistencia.

¹⁴ Acasto, hijo de Pelias y uno de los argonautas, fue muerto por Peleo, hijo de Aquiles.

¹⁵ Casandro de Macedonia (354 aC.-297/298 aC.), uno de los generales de Alejandro Magno, responsable de la muerte de la familia de este. Primero mandó asesinar a su madre Olimpia y después a Roxana, su esposa, y al hijo póstumo de ambos, Alejandro IV, de sólo trece años de edad.

¹⁶ Quizás se refiera al filósofo griego presocrático Demócrito de Abdera. Aunque según Hiparco, este “abandonó la muerte de la manera más plácida, habiendo vivido ciento nueve años”.

¹⁷ Calístenes de Olinto (ca. 360 aC.-328 aC.), historiador griego, discípulo y sobrino de Aristóteles, murió encarcelado, parece ser que a causa de las torturas a que fue sometido o bien por inanición.

¹⁸ El historiador griego Diógenes Laercio (ca. s. III dC.), en la biografía que hizo del gran filósofo Platón, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*, dejó escrito que “Mironiano de Amastris, en su obra *Símiles*, reportaba que un tal Filón nombraba el proverbio “los piojos de Platón”, como si este hubiera muerto de tal enfermedad”.

¹⁹ Henry II (1133-1189), rey de Inglaterra, el primero de la dinastía Plantagenet.

En ella reportaba, igual que hiciera Aldrovandi más de cuatrocientos años atrás, toda una serie de casos históricos en que los “supuestos” piojos tuvieron un papel fundamental en la muerte de personajes famosos. Según Hebra, los primeros casos fiables de ftiriasis datan de 1556, cuando el médico portugués de origen judío João Rodrigues de Castelo Branco, conocido como Amato Lusitano, muerto en Tesalónica a causa de la peste, describió la muerte miserable de un noble lisboeta llamado Tabora, quien tenía muchas hinchazones por todo el cuerpo de las cuales manaban cantidad de pequeños insectos: *“dos de sus esclavos etíopes fueron empleados para lanzar en el mar pequeñas cestas repletas de ellos”*. Al cabo de varias semanas el paciente murió, devorado por estos “piojos” que se engendraban bajo su propia piel. El mismo autor mencionaba otro caso en el que un pobre hombre tenía un tumor en la espalda, del cual salían cada día numerosos piojos, que *“indudablemente se desarrollaban entre la piel y la carne”*²⁰.

Otros tres casos fueron comentados por el médico holandés Pieter van Forest (1522-1597), conocido como Petrus Forestus: uno de ellos afectaba a un joven aprendiz de pintor llamado Pictor Boecklandius, que tenía en la espalda un gran tumor inflamatorio que le producía intenso picor. Cuando fue cortado salió de él una enorme cantidad de insectos, pero sin pus ni fluidos. El hombre fue curado de su ftiriasis aunque según Forestus, la muerte sobrevinía por lo general cuando los piojos se reunían en tumefacciones por todo el cuerpo, aunque la enfermedad podía ser curada abriendo los tumores y vaciándolos.

Thomas Mouffett también comunicó uno de estos casos, pero en el capítulo dedicado a los ácaros. Se trataba de una noble inglesa, lady Penruddocke, que se cubrió de pequeños tumores por todo el cuerpo, cabeza, ojos, nariz, labios y plantas de los pies. La atormentaban día y noche hasta que fue totalmente consumida y murió. Mouffett observó que los insectos se parecían más bien a garrapatas y no a piojos, y supuso que se generaban al beber leche, pues ahí se habían encontrado algunas de ellas.

Otro caso famoso fue el del rey español Felipe II. Hebra reportaba el relato de algunos “pretendidos ftiriólogos”, quienes dijeron que al rey, ya anciano y afectado gravemente de hidropesía y gota, *“le apareció en la rodilla derecha un absceso de naturaleza maligna, y tras la abertura de la misma se formaron otros cuatro en el pecho, de los cuales salieron una tan gran cantidad de piojos que mientras cuatro personas lo tenían levantado sobre la colcha, otros dos apenas podían recoger a todos los insectos. Finalmente se produjeron un gran número de úlceras en las manos y en los pies, producidos por la disentería, hidropesía y tenesmo. Todos estos males iban acompañados de un número infinito de piojos que recorría todo su cuerpo y fue imposible eliminarlos hasta su muerte, que lo encontró postrado en su lecho”*.

Esta información es muy dudosa y lo único que se sabe con certeza es que el rey, de 71 años, falleció a las cinco de la madrugada del domingo 13 de septiembre de 1598 en el Monasterio de El Escorial tras una agonía que duró 53 días, en los que sufrió todo tipo de enfermedades, entre ellas hidropesía, gota y también artrosis y fiebres tercianas (paludismo).

²⁰ Thomas Mouffett reportaba que Amato Lusitano curó en Ancona a unos cuantos venecianos que estaban afectados de un empiojamiento general: *“primero, abrió una vena y la purgó, y para conseguirlo extrajo los humores corruptos que fomentaban la enfermedad, y no lo hizo una vez, sino dos o tres. Después, aplicó remedios tópicos y en un corto periodo de tiempo todos quedaron libres de esta plaga”*.

Durante el siglo XVII, esta enfermedad fue mencionada regularmente en los libros de medicina y entomología. Los médicos de aquella época eran muy conscientes que la *phthiriasis vulgaris*, de la cual casi todos ellos habían tenido alguna experiencia personal, era muy diferente a la *phthiriasis rara et horrenda species*, el raro y horrible “mal de los piojos”. Aunque aún se pensaba que estos eran engendrados en el sudor humano por generación espontánea, se creía que había personas con una sangre especialmente enferma que permitía a estos insectos meterse bajo la piel y vivir allí en gran número.

En 1643, cuando murió el dirigente parlamentario inglés John Pym, líder puritano durante la primera guerra civil inglesa y defensor de la Reforma, los realistas se deleitaron difundiendo el rumor que como castigo por su falta de respeto hacia el rey Charles I, Dios le había castigado con “esa repugnante e ignominiosa enfermedad que los médicos llaman *morbis pedicularis*”. Con el fin de detener esos rumores, sus aliados políticos lograron que se hiciera una autopsia del cadáver, la cual mostró con claridad que Pym había muerto de cáncer gastrointestinal. Sin embargo, a pesar de que su cadáver fue mostrado públicamente en la Abadía de Westminster, donde centenares de personas pudieron observar su cuerpo, persistieron los rumores que había muerto “de la inmundia enfermedad de Herodes”.

A finales de siglo, en 1678, el médico y botánico alemán Georg Franck von Franckenau, profesor en la Universidad de Heidelberg, escribió la primera tesis doctoral sobre la ftiriasis, titulada *De Phthiriasi* (1697-1698), que describió como la desintegración de algunas partes del cuerpo debido a la formación en ellas de una gran cantidad de piojos, acompañada de fiebre persistente y otros síntomas. En esta obra reportó un caso observado en 1676 de un hombre afectado de *febris, vulgo dicta hungarica* (fiebre húngarica, probablemente tifus epidémico), acompañada de sudores: “*en el onceavo día de la enfermedad, a este hombre, que siempre se había mantenido limpio, le aparecieron numerosos piojos sobre la cabeza, que se arrastraban por todo su cuerpo. Y al treceavo día, el enfermo murió*”.

Nuevos casos de pretendidas ftiriasis siguieron produciéndose durante el siglo XVIII. Uno de ellos fue reportado por el médico y naturalista alemán Michael Bernhard Valentín. En su obra *De Phthiriasi insolita* mencionó el caso que le había explicado el doctor Gutmann Buxbaum de Frankfurt: “*un hombre de 40 años tenía algunas hinchazones pequeñas, dispersas por su cuerpo y le producían un gran picor. Después que la medicación resultara inútil, purgativos y ventosas, uno de los diviesos fue incidido a petición del propio paciente, que casi se desmayó por el miedo que sintió al ver que salían innumerables piojos. Pero una vez que todos los tumores fueron abiertos, vaciados de insectos y aplicados diaforéticos y catárticos compuestos por mercurio, el hombre se recobró completamente de su afcción*”.

En la misma época fue descrito otro caso por el profesor Johan Linder, médico y botánico sueco que prestaba sus servicios en el Hospital de Uppsala. Allí fue internado un marinero en estado caquéctico (extrema desnutrición), con heridas y tumores llenos de insectos por todo el cuerpo. Mediante un tratamiento con “ungüento mercurial”, el médico logró curar aquel hombre por completo y volvió a su barco “*bendiciendo el hospital y los avances de la medicina moderna*”.

Entre 1730-1802 no se publicó ningún caso nuevo de esta enfermedad y diversos profesionales empezaron a dudar de su existencia. Los entomólogos ya tenían grandes conocimientos sobre la anatomía y fisiología de los piojos y no creían que estos insectos aeróbicos pudieran vivir bajo la piel y poner allí sus huevos.

En Inglaterra, tanto Robert Willan, el fundador de la dermatología como especialidad médica, en su obra *Description and Treatment of Cutaneous diseases* (1808), como los entomólogos William Kirby y William Spence, en *Introduction to Entomology* (1815-1826), negaban la existencia de piojos bajo la piel, cuando afirmaron que “*nada más lejos como los hábitos del género Pediculus, pues se sabe actualmente, y es un hecho comprobado, que estas especies no son nunca subcutáneas y el piojo se alimenta únicamente sobre a superficie de la piel, depositando sus huevos y liendres en los pequeños pelos de la piel y no bajo la cutícula*”.

De todas maneras, ninguno de ellos dudaba de la existencia de la enfermedad y fueron los primeros en proponer que pudiera ser causada por alguna especie desconocida de ácaros: “*si estas observaciones se tienen en cuenta, será necesario seguir investigando, pues si la enfermedad producida por animales que viven bajo la piel no puede ser una verdadera Phthiriasis, entonces la muerte del poeta Alcmán y de Ferécides de Siro, mencionadas por Aristóteles, debió haber sido ocasionada por otra clase de insecto. Los médicos, que no eran al mismo tiempo entomólogos, pudieron confundir fácilmente un ácaro con un piojo. Y es que los ácaros son la siguiente fuente de enfermedad en el hombres, y no solamente uno, sino probablemente muy diversas clases, las cuales se distinguen del Pediculus no solamente por su forma, sino también por su lugar de residencia, pues con frecuencia viven bajo la cutícula*”.

El profesor Johann Nepomuk Rust, cirujano militar prusiano de origen checo, informó sobre un caso notable que se ajustaba a los síntomas clásicos. Cuando visitó al príncipe Sangusko de Volynia (oeste de Ucrania) en 1808, el cirujano de la ciudad, un tal doctor Müller, le pidió que examinara a un muchacho judío de 13 años que tenía en la cabeza un gran tumor que no estaba inflamado ni fluctuaba. Cuando Rust volvió a ver al muchacho, ocho días después, este parecía estar muriéndose y el tumor era enorme. El cirujano consideró prudente incidir el tumor para ver qué contenía. Para horror de todos los presentes, se encontró que albergaba una masa de insectos sólidamente compactados, pero sin pus ni humedad. Una vez que los insectos fueron raspados, la cabeza del muchacho fue frotada con “ungüento napolitano” (mercurio y manteca de cerdo) y la cavidad del tumor inyectada con mercurio. Al cabo de un tiempo, el paciente se recuperó totalmente.

El doctor alemán Henrich Christian Alt propuso en su disertación publicada en Bonn, *De Phthiriasi* (1824), tras la observación personal de dos casos, la teoría que una especie de piojo previamente desconocida, *Pediculus tabescentium*, o piojo de la ftiriasis, causaba esta enfermedad. Para él, este piojo se distinguía del *capiti* y *vestimenti* por tener la cabeza más redondeada, las antenas más largas, presentar un tórax más largo y ancho y las partes laterales del abdomen con escotaduras poco profundas. Las teorías de Alt fueron aceptadas en toda Europa ya que, en general, explicaban las particularidades extrañas de la enfermedad mejor que las otras orecidas hasta entonces.

La especie *Pediculus tabescentium* pasó a ser descrita sin más, a pesar de no haberse encontrado con seguridad ni uno sólo de estos individuos²¹. Ya se ha visto anteriormente que Walckenaer lo describió en 1843, pero en obras mucho más tardías,

²¹ Según el barón Walckenaer, el entomólogo alemán Carl Hermann Burmeister observó estos piojos “de los enfermos” en una mujer de setenta años: “*por la tarde, y sobre todo en la cama, era atacada por una comezón insoportable. Tenía piojos en el cuello, en la espalda y en la barriga. Desaparecían cuando el enfermo enfriaba estas partes del cuerpo pero reaparecían enseguida. No llegaron a ser contagiosos y fueron eliminados administrando esencia de trementina. La epidermis, en las partes señaladas, estaba enferma y cubierta de pequeñas costras por las cuales los piojos sentían atracción*”.

como por ejemplo la de H. Ph. Adan, *Le Monde invisible dévoilé: révélations du microscope* (1879), se trataba esta especie de la misma manera que hicieron los autores anteriores: “*la cabeza redondeada, las antenas alargadas y los segmentos abdominales más apretados*”, añadiéndose que este piojo “*pulula sobre el cuello, la espalda y el vientre y hasta se le pueden imputar asesinatos, ¡y no riáis de ello!*”.

Uno de los nuevos casos producido en los decenios de 1830-1840 fue el comunicado por Jean-Louis-Marc, barón de Alibert, famoso dermatólogo francés, pionero en esta especialidad y médico personal de los reyes Louis XVIII y Charles X. En su obra *Description des maladies de la peau observées a l'Hôpital Saint-Louis*, Alibert mencionaba la historia de un joven llamado Laval, que durante doce años había sufrido “*prurigo pedicular*”. A pesar de servirse el paciente de los remedios más diversos y ser absolutamente escrupuloso en su aseo personal, no consiguió mejora alguna. Se veían piojos sobre toda la superficie cutánea, y sólo estaban libres de ellos las manos y la cara. En la piel del cuerpo aparecían pequeñas pústulas del tamaño de un grano de pimienta en las cuales, en menos de veinticuatro horas, aparecían un nombre prodigioso de piojos de diferentes gruesos, que ocasionaban un prurito tan terrible que el paciente se rascaba incesantemente su piel con las uñas, día y noche.

Alibert añadía que “*lo más extraordinario era que, aunque estos pequeños animales hubieran desaparecido, se manifestaban de la manera más evidente síntomas que recordaban a la anemia. El pulso era cada día más débil, la lengua seca, la enfermedad parecía extender un mal olor, como una mezcla de substancias animales y vegetales, y el joven murió al fin en medio de grandes torturas*”.

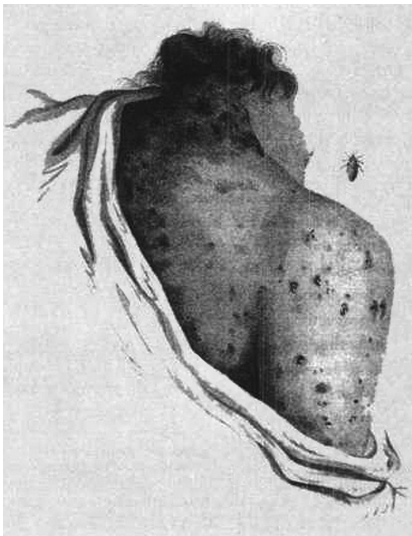


Imagen nº 14. Ilustración del paciente con el mal de piojos, aparecida en la obra del barón Alibert. Es dudoso que este individuo sufriera realmente un caso de ftiriasis genuina, y más bien parece una pediculosis generalizada.

Un médico rural alemán, llamado Ekman, publicó dos casos que mostraron todas las manifestaciones clásicas, y en uno de ellos, los vecinos del paciente murmuraron que la enfermedad era un castigo de Dios por su limpieza excesiva. Ekman dio una excelente descripción de los parásitos: eran blancos, cuerpo redondeado y una mancha negra en el dorso y se movían con mucha energía.

Según Hebra, de forma parecida opinaba un tal Fuchs²², quien pensaba que esta enfermedad no la producían verdaderos piojos, sino “una especie particular de insecto, el *Gamasus de Latreille*²³”, y la denominó como nueva especie, *Cnesmus acariasis*. Fuchs escribía que “como lo prueban un gran número de observaciones realizadas por muchos autores, y como yo mismo me he convencido tras realizar diversas autopsias, que hay una afección conocida habitualmente bajo el nombre de *ftiriasis* o enfermedad pedicular, en la cual se forman en el tejido sano de la piel unos insectos parecidos a los piojos, que salen de tumores que se abren espontáneamente. Pero a diferencia de otros autores que han descrito los piojos sobre la piel como *ftiriasis interna* o *externa*, yo la describo como una variedad particular de la especie *Cnesmus* y la designo bajo el nombre de “*acariasis*”, porque el animal que se observa no es un piojo sino un ácaro.

Los fenómenos provocados por este insecto consisten en el desarrollo de tumores de color rojo oscuro, blandos, de un tamaño que varía entre el guisante y la haba, o incluso mayor. Algunos de estos tumores, bajo la influencia de un rascado violento, se rompen o se abren tarde o temprano de manera espontánea, y dan salida a una cantidad escasa de un líquido claro o pútrido, junto a unos pequeños animálculos, innumerables, blancos, que tienen movimientos muy vivos y se extienden en gran número por todo el cuerpo. Poco a poco, los tumores se van abriendo y aparecen rápidamente nuevos tumores; todo el cuerpo se recubre de piojos y aumenta la sensación de picor, prurito y escozor. Los enfermos, que ya estaban en estado caquético, pierden sus fuerzas, el sueño cesa, el apetito desaparece, la transpiración exhala un mal olor y a menudo sobreviene fiebre que toma un carácter pútrido”.

En 1856 se produjo uno de los primeros ataques a la leyenda del mal de piojos. Un médico alemán llamado Husemann, originario de Detmold (noreste de Renania), fue reclamado por el hospital de Lippe para que examinara un soldado que se suponía padecía esta enfermedad y querían confirmarlo. Cuando Husemann entró en la sala, vio al hombre sentado y tomando sopa con gran apetito. Cuando le preguntó si era el soldado que sufría el mal de piojos, este contestó “¡A sus órdenes, señor!”. Un breve examen mostró que el hombre no estaba libre de piojos, pero tampoco lo estaban sus camaradas de armas; por todo lo demás, parecía gozar de perfecta salud. Husemann consideró que el soldado era un simple simulador e hizo que fuera devuelto a su compañía. Esta extraña experiencia llevó al médico alemán a estudiar y revisar la bibliografía sobre el antiguo mal y concluyó que nunca existió tal enfermedad.

En 1863, Max Gaulke, médico rural prusiano, presentó dos casos nuevos de *ftiriasis*. En uno de ellos, una mujer anciana, anémica y caquética, fue llevada al hospital de Insterburg (actual Chernyakhovsk, Kaliningrado). En su vientre y su pecho había alrededor de un centenar de tumores rojizos del tamaño de un guisante. Algunos de ellos fueron sajados y se vio que llegaban hasta los tejidos subcutáneos; contenían una masa de insectos vivos, millares de piojos, pero sin una sola gota de pus. Gaulke curó a la mujer con baños de petróleo, pero este tratamiento no surtió efecto en otro paciente con la misma afectación, un vagabundo que fue “literalmente devorado por los piojos”. El doctor Gaulke creía equivocadamente que *Pediculus vestimenti*, el piojo de la ropa, podía poner huevos bajo la piel, especialmente en individuos muy sucios y relacionó la alta incidencia del mal de piojos con los numerosos rusos gitanos, vagabundos y forajidos que residían en él. Este médico calculó que el consumo de jabón en aquella región era sólo del 1/200 del uso que se hacía normalmente en Inglaterra o Francia.

²² Probablemente se trate del agrónomo alemán Adalbert Nikolaus Fuchs (1814-1886).

²³ Latreille describió el género *Gamasus*, familia Acaridae, en su obra *Genera Crustaceorum* (1806).

Gaulke fue secundado en sus creencias por Leonard Landois, profesor y director del Instituto de Fisiología de la ciudad alemana de Greifswald. Sin embargo, mostrando un gran desconocimiento en morfología del piojo, sobre todo sus mandíbulas, afirmó que éstos podían mordisquear la piel humana hasta hacer un agujero en ella. También encontró que el *P. vestimenti* dibujado por el doctor Alt era inexacto en algunos puntos; en cambio, su *P. tabescentium* era muy parecido a los piojos más frecuentes, por lo cual concluyó, acertadamente, que la especie nueva no existía.

En aquel momento, Hebra declaró que estaría muy interesado en observar cualquier caso donde se presumiera la existencia de esta enfermedad, pues tras treinta años de ejercer su especialidad y haber tratado a unos 10.000 pacientes empiojados, así como afectados por diversas enfermedades de la piel, jamás había visto un caso del “mal de piojos”, concluyendo que *“nunca ha habido ftiriasis, ni hay ahora tal enfermedad”*.

Tanto Gaulke como Landois objetaron las opiniones de Hebra y lamentaron sus burlas irreverentes a expensas de las antiguas víctimas del “mal de piojos”. Gaulke presentó incluso un nuevo caso de ftiriasis: un viejo zapatero de 65 años, lleno de parásitos, que fue llevado al hospital de Insterburg. El hombre tenía numerosos bultos por todo el cuerpo, de tamaño pequeño, de los que manaban insectos constantemente. Estas protuberancias provocaban mucho picor y el paciente sudaba profusamente. El mayor tumor de piojos estaba en su espalda, como había ocurrido con frecuencia; era del tamaño de una nuez y estaba seco y repleto de estos artrópodos. Como en el caso anterior, Gaulke logró curar al hombre con el mismo método, y antes que el paciente estuviera libre de los parásitos, tres médicos expertos fueron invitados a observarlo y todos se maravillaron del extraño mal, que nunca habían visto con anterioridad.

El profesor Hebra declaró que no le impresionaba el informe presentado por el doctor Gaulke. Además, el naturalista sueco Jørgen Christian Schiødte apoyó la opinión de Hebra, pues había examinado la trompa succionadora del piojo de la ropa y consideró imposible que el animal pudiera abrirse paso a través de la piel con su débil herramienta, por lo que *“el viejo fantasma de la ftiriasis podía archivarse, finalmente, junto con aquellos otros que trataban sobre dragones y monstruos, nacidos igualmente de la ignorancia”*.

El debate sobre la ftiriasis resultó una victoria completa para el profesor Hebra y el “mal de piojos” fue eliminado para siempre de los libros de patología. En 1881, el prestigioso dermatólogo Lucius Duncan Bulkley, en un artículo publicado en *Archives of Dermatology*, sentenciaba solemnemente que *“todos los relatos increíbles sobre piojos que brotan de abscesos o llagas carecen por entero de fundamento científico; son, en realidad, totalmente absurdos”*.

Pero no todo terminó ahí. El doctor Jan Bondeson, médico especializado en reumatología y medicina interna, que presta sus servicios en el *Kennedy Institute of Rheumatology* de Londres, es autor de una interesante obra, *A Cabinet of Medical Curiosities*, publicada en el año 1997 y en la cual dedica uno de sus capítulos al “mal de piojos”. En él, explica que esta supuesta afección cayó gradualmente en el olvido durante los primeros años del siglo XX y no se comunicaron nuevos casos. Algunos autores propusieron la teoría que la semejanza entre las palabras griegas φθειρ (phtheír, piojo), y φθειρω (phtheíro, destruir), fuera la causa que los piojos, relativamente inofensivos, fueran culpados de una enfermedad terrible y devastadora con una etiología desconocida. Otros investigadores pensaron que las ftiriasis descritas por los antiguos no eran más que simples sarnas; sin embargo, el ácaro de la sarna vive bajo la epidermis y no se hunde más para vivir apiñado ni tampoco causa una enfermedad mortal.

Muchos parasitólogos modernos han expresado la opinión que el mal de piojos nunca existió y la creencia en él derivó de casos de infestaciones graves con piojos, en individuos enfermos y caquéticos, o con miasis en heridas abiertas.

Pero la legendaria enfermedad habría de rehabilitarse posteriormente. En 1940, el zoólogo holandés Anthonie Cornelis Oudemans, profesor emérito de entomología en Arnhem, publicó un completo trabajo sobre la ftiriasis y su historia. Oudemans fue un acarólogo muy respetado y sus estudios sobre el género de ácaros *Harpyrhyinchus*²⁴ lo inclinó a pensar que el mal de piojos existió realmente y fue causado por una especie concreta, que llamó *H. tabescentium*. Aunque no ha sido registrado ningún caso moderno de infestación humana por este ácaro, hay muchas pruebas que avalan esta hipótesis. Las descripciones modernas de infestación en pájaros por *Harpyrhyinchus* se asemejan mucho a los informes clásicos sobre ftiriasis, pues estos arácnidos son capaces de horadar bajo la piel y allí viven, apiñados en grandes cantidades individuos de diversas edades y distinto tamaño. Por lo general, *Harpyrhyinchus* infesta las aves y debido al excesivo aumento del tumor de ácaros y al engrosamiento de la capa externa de la piel, pueden llegar incluso a matar a sus víctimas.

Cuando un tumor se abre, y puede ser tan grande como una avellana, brotan de él miles de ácaros. La investigación microscópica muestra que el tumor se asemeja a un quiste encapsulado con tabiques de colágeno y es la transudación a través de la cápsula la que nutre a los parásitos. Sólo una pequeña cantidad de líquido seroso acompaña a los innumerables ácaros cuando se abre el quiste, pero no hay ninguna reacción de inmunidad ni formación de pus, fenómeno que desconcertó a los antiguos ftirologistas. Los *Harpyrhyinchi* difícilmente se encuentran en otros animales, aunque a veces han infestado serpientes, gatos y ardillas. Su tamaño es muy pequeño, de unos 750 µm, algo mayor que el ácaro de la sarna, pero mucho menor que el piojo de la cabeza o del cuerpo. Posteriormente, algunos acarólogos han considerado que la infestación humana con *Harpyrhyinchus* sería posible, aunque nunca se ha observado ningún caso.

Más recientemente, el profesor James R. Busvine, que revisó la hipótesis de Oudemans en su obra *Insects and hygiene* (1966), también aceptó esa idea, aunque lamentó que no existiera una buena descripción o un dibujo apropiado para esos supuestos ácaros asesinos. Su conclusión fue que “*en realidad nada, ni remotamente parecido a las descripciones que he mencionado, ha sido observado, de manera que el antiguo castigo del mal de los piojos sigue siendo un misterio*”.

Algunos historiadores conjeturan que la ftiriasis fue mucho más común durante la antigüedad clásica y también entre los siglos XVI-XVII. Pero en cambio, por alguna razón desconocida, el número de afecciones disminuyó durante el siglo XVIII y aumentó entre 1813-1870, cuando se publicaron no menos de veinticuatro casos bien descritos, siendo más comunes en Alemania, Escandinavia y Francia. De manera sorprendente, a partir de 1870 la repugnante enfermedad de la ftiriasis simplemente desapareció, lo cual sigue siendo un misterio. Según Bondeson, es probable que los avances en la higiene y en las condiciones generales de vida tuvieran un papel importante, y tal vez la supuesta especie de ácaros que causaba esta enfermedad se extinguiera en aquella época, aunque la inexistencia de una buena ilustración sobre estos parásitos imposibilita que la teoría de los ácaros pueda probarse con certeza. Por tanto, todo son suposiciones y la única conclusión a la que puede llegarse es que, efectivamente, existió en esa época, y quizás en las anteriores, una enfermedad con las características descritas, pero de origen desconocido.

²⁴ El género *Harpyrhyinchus* fue creado en 1878 por el entomólogo francés Jean-Pierre Mégnin.